

Dicen que sólo se vive una vez; sin embargo, en ocasiones la vida se nos presenta como una matrioska delirante, un continuo déjà vu, situaciones ya vividas, fantasmas dispuestos a perseguirnos hasta la muerte. Mi nombre es Francisco Rupérez y mi historia comienza un frío día de invierno en Guadalajara.....

Dentro de mi cabeza se iba abriendo camino el agudo sonido, tratando de vencer al persistente sueño producido por las pastillas para dormir. Un nuevo día, una nueva vida. El despertador sonó a las seis por primera vez en año y medio; hoy volvería a ver a mis compañeros de la Comisaría; atrás quedaron los días de Prozac y Orfidal; hoy nacería el nuevo Francisco Rupérez. Adormilado aún por la falta de costumbre, desayuné, me vestí y tomé el camino que llevaba a la Central.

La calzada estaba cubierta de nieve, haciendo la conducción por el centro de Guadalajara, por momentos, insoportable. Tardé más de media hora en llegar, pero por fin aparqué el coche frente a la vetusta comisaría. Todo parecía estar tal como lo había dejado año y medio atrás.

— Buenos días Inspector, me alegra verle de nuevo —saludó el cabo García, responsable de seguridad de la puerta.

— Buenos días García, ¿qué tal todo por aquí? —pregunté, tratando de asumir una pose diplomática.

— Pues todo ha estado bastante tranquilo hasta hace aproximadamente una hora que ha entrado el Comisario con cara de pocos amigos preguntado por usted —contestó.

— ¿En serio?. Iré a ver qué es lo que quiere.

Guillermo Écija, Comisario de la Comisaría Central de Guadalajara, era un hombre enjuto, de apariencia enfermiza, que sin embargo poseía una fuerza y una determinación extraordinarias. Cuando me vio entrar por la puerta de su despacho vino rápidamente a mi encuentro para abrazarme.

— Francisco, no sabes la alegría que me da volver a tenerte aquí con nosotros. Pero antes de nada, ¿cómo te encuentras?, ¿te ves en condiciones de trabajar? —preguntó, tomando asiento.

— Sí, la verdad es que creo que me vendrá bien tener la cabeza un poco ocupada. Tanta terapia y tratamiento psicológico me estaban destrozando. Pensé que acabaría pegándome un tiro. Ahora me siento un hombre nuevo.

Pretendía, por todos los medios, sonar lo más convincente posible.

— Te dejé varios mensajes en el móvil y en el contestador de tu casa en cuanto me enteré del desgraciado accidente de tu mujer y tu hija. Quería que supieras que estoy a tu lado para lo que necesites.

Sentía sus ojos de lince escrutarme con firmeza.

— Lo sé, gracias -le dije sosteniendo su mirada.

— Bien, parece increíble, pero justamente el día que vuelves es cuando más te necesito.

Rebuscó en una carpeta que tenía encima de la mesa.

— Esta noche se ha producido un múltiple asesinato en Matarrubia, un pueblecito a unos 40 km al noroeste de aquí, no sé si lo conocerás.

— Me suena -contesté.

— Los hechos han acaecido en la casa rural “De Barro”. La dueña de la casa, que se llamaba Eulalia, y cuatro de sus clientes fueron amordazados y acuchillados salvajemente hasta la muerte. Hay un único superviviente, el marido de Eulalia, que no tiene ningún rasguño y no recuerda haber visto ni oído nada. Ha sufrido un ataque de ansiedad y está en el Hospital custodiado por varios agentes.

Hizo una parada y volvió a fijar sus ojos en mí.

— Francisco, quiero que te hagas cargo de la investigación, tú eres el mejor agente que tenemos y ya has resuelto casos similares a éste con total diligencia y discreción. Dirígete en cuanto puedas a Matarrubia; la policía científica ya está allí.

Cerró la carpeta y me la entregó.

El aroma del café flotando en el ambiente, el constante sonido del teclado, los teléfonos que no paraban de sonar... Definitivamente, había regresado a mi segundo hogar, aquel en el que me sentía verdaderamente libre. Siempre había adorado la comisaría y su idiosincrasia. Me sentía como un sabueso a la espera de una pista que rastrear.

Allí estaba mi mesa, en el centro de la oficina de homicidios; aún conservaba todos los objetos tal como los había dejado el día en que sonó el teléfono, y al otro lado de la línea una compañera de atestados me daba la noticia del accidente, helándome la sangre para siempre. Sobre la mesa, junto al ordenador, la foto de los tres. Nos la hicimos cuando Sara tenía tan sólo dos años, en el Algarve. No podía mirar esa foto y vivir con la falsa esperanza de que aún seguían con vida, de que todo había sido una horrenda pesadilla y que cuando llegase a casa me las encontraría en la sala tiradas en el suelo, jugando y riendo. Eso no volvería a ocurrir. Cogí la foto y la guardé en el último cajón. Tomé un bloc de notas y me puse en marcha; debía llegar a Matarrubia antes de que los medios de comunicación se hicieran eco del crimen e invadieran el pueblo.

El trayecto a Matarrubia me ayudó a despejar mi mente y centrarme en el caso del asesinato múltiple de la casa rural. Por la información que me había proporcionado el Comisario, el caso parecía tener un sospechoso evidente, el marido de la dueña de la casa rural, pero la experiencia me había enseñado que no es oro todo lo que reluce y que en ocasiones la verdad es un sustrato sepultado bajo toneladas de mentiras bien

hilvanadas. En la radio del coche sonaba la Patética de Tchaikovsky. Primero iría a la casa rural y examinaría el escenario del crimen para intentar esclarecer algunas cuestiones. Después interrogaría a los vecinos del pueblo para saber qué relación mantenían Eulalia y su marido.

La casa rural “De Barro” había sido construida evocando una venta antigua. Al edificio le precedía una pequeña muralla abierta en varias secciones por ventanas con verjas negras. Para acceder al interior del recinto debía atravesarse un portón de madera que daba paso a un pequeño jardín dispuesto a modo del foso de un castillo. El inmueble se ubicaba al amparo de la iglesia de San Bartolomé y disponía de cuatro habitaciones dobles distribuidas en dos plantas. Cada habitación había sido pintada de un color diferente, contando con habitaciones de color rojo, verde, amarillo y azul. La roja y la verde estaban en la planta superior mientras que la amarilla y la azul, junto con la cocina y la sala, se encontraban en la planta baja. La casa estaba repleta de agentes de la policía nacional escrutando todos los rincones en busca de pruebas; sus caras anticipaban la magnitud del horror que estaba a punto de presenciar.

En la cocina se encontraba Eulalia, maniatada a una silla y con la garganta rajada de lado a lado. A sus pies un charco de sangre cubría el suelo. De la cocina partían unas huellas de calzado ensangrentadas, que subían a la primera planta por las escaleras. En la habitación roja se encontraban las víctimas dos y tres. Por lo que pude saber más tarde, se trataba de un matrimonio de jubilados gaditanos que se habían registrado seis días atrás para recorrer esa parte de la Alcarria. También habían sido maniatadas y degolladas. Unos pasos más hacia la derecha se encontraba la habitación verde. En ella yacía una joven francesa, la víctima número cuatro; mismo modus operandi. La hemoglobina cubría toda la planta. Parecía que el asesino se había dado una bacanal de sangre. Desde la habitación verde las huellas conducían de nuevo a la planta baja, a la

azul, donde se encontraba la quinta y última víctima, un empresario badalonés de mediana edad. La pista de las huellas terminaba, finalmente, en la habitación de Eulalia.

— Inspector Rupérez, buenos días, soy el capitán González de la policía científica de Guadalajara. El Comisario Écija me avisó de su llegada y me ha puesto al corriente de que usted está al mando de la investigación.

Me estrechó su mano enguantada en látex y me dedicó la mejor de sus sonrisas forzadas.

— Puede contar conmigo para todo lo que necesite.

Casi me lo creí.

— Muy amable; Capitán, ¿qué tal si empieza haciendo una reconstrucción de los hechos en virtud de las evidencias que han podido encontrar hasta este momento? —le comenté al tiempo que sacaba mi bloc de notas.

— Por supuesto, Inspector —dijo algo nervioso.

— Como ya le habrán informado, tenemos cinco víctimas: la dueña de la casa, Eulalia, una pareja de tortolitos de la tercera edad, una muchacha francesa, y un empresario badalonés. Todos ellos han sido asesinados utilizando el mismo modus operandi. Primero fueron amordazados y maniatados para luego ser degollados. Como habré podido ver, la casa está llena de huellas ensangrentadas que trazan una macabra visita guiada a la misma que culmina en la habitación de Eulalia y de su marido, Isidro. Esto nos lleva al siguiente asunto, que es precisamente el hecho de que Isidro no tenga un solo rasguño en su cuerpo y de que en su habitación no hayamos encontrado resto alguno de sangre. En estos momentos Isidro está en el Hospital aquejado de un ataque de ansiedad.

Paró un rato para tomar aire y frotarse los ojos; la noche había sido larga para él.

— Fue el propio Isidro quien llamó a la policía a la una y media de la madrugada.

— ¿Tenemos el arma del crimen? —pregunté.

— No. Sabemos que fue un cuchillo de grandes dimensiones y con dientes de sierra, posiblemente un cuchillo de caza. ¿Sabía que Isidro es un consumado cazador? — comentó con indisimulada ironía.

— Escuche, Capitán —le contesté enfadado—, nunca olvide el principio de presunción de inocencia: Toda persona es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Su labor no consiste en emitir juicios, sino en buscar pruebas objetivas. Si tiene alguna novedad, hágamelo saber inmediatamente.

Abandoné la casa, envuelta ya en una actividad frenética, y me dirigí al pueblo con la intención de averiguar qué tipo de relación mantenían Eulalia e Isidro, así como cualquier otra información que me pudiera servir en la investigación.

Los habitantes de Matarrubia, ancianos agricultores en su mayoría, estaban totalmente conmocionados ante la noticia de la muerte de Eulalia y por el hecho de que se hubiera producido un asesinato en su otrora tranquilo pueblo. Todos coincidían en señalar que Eulalia e Isidro eran una pareja que llevaba muchos años unida, que nunca había tenido una pelea en público, y no podían dar crédito al rumor que corría por el pueblo que apuntaba a Isidro como el principal sospechoso del asesinato de su mujer y del resto de los ocupantes de la casa. Sin embargo, había algo que me decía que las buenas gentes de Matarrubia no me contaban toda la verdad; no sé si sería por sus gestos, por su lenguaje corporal o por mi instinto de sabueso bien adiestrado, pero lo cierto es que volví a la Comisaría con la impresión de que el cuadro que me habían dibujado no estaba completo.

Un crimen tan atroz exigía, a mi entender, la existencia de un móvil que lo explicara. Todo parecía indicar que Isidro era el culpable, pero por otra parte, el mero hecho de

haber sido el único superviviente no le convertía automáticamente en asesino. Hacían falta evidencias que corroborasen esa hipótesis, así como un móvil sólido y el arma del crimen. No había certezas que sustentaran tal acusación. Con esos pensamientos rondándome la cabeza llegué a la comisaría.

Al entrar en la oficina, reparé en todas las cartas que me habían dejado apiladas encima de mi mesa; debían de ser las recibidas mientras permanecí inactivo. Con el afán de acabar cuanto antes con la tediosa tarea de abrir toda aquella correspondencia, tomé el abrecartas y me puse a la faena con diligencia. Nada más sentarme, mi atención se centró en una carta, era la segunda del montón; su peculiaridad era que mi nombre y la dirección estaban escritos con recortes, a la manera de los anónimos. El remite hizo que mi pulso se acelerase: Matarrubia. La carta era, en efecto, un anónimo, un folio en blanco en el que unos recortes de periódico conformaban la siguiente leyenda: “Me humillaré ante Cristo en la Casa del Señor, y Él me mostrará toda la Verdad”.

Estaba perplejo, la carta no tenía el sello de entrada que se ponía a toda la correspondencia que llegaba vía Correos, por lo tanto, la tenían que haber entregado en mano. Alcé la vista y sólo vi al agente Martínez en la oficina. Ya eran las ocho y media de la tarde y la gente, o se había ido a casa, o estaba en la calle.

— Oye, Martínez ¿has visto quién ha dejado esta carta en mi mesa? —pregunté, señalándole la misiva.

— No señor, que yo sepa aquí no ha entrado nadie ajeno a la Comisaría en todo el día —contestó con la cara de cansancio propia de quien lleva demasiadas horas trabajando.

— ¡Demonios! —exclamé—. Me paso todo el día interrogando a medio Matarrubia, resulta que nadie sabe nada, y ahora un buen vecino va y me envía un anónimo, pero ¿qué es lo que teme?

— Quizás tema que sus vecinos le consideren un chivato. Ya sabe, inspector, en los pueblos pequeños el qué dirán es muy importante.

Sí, posiblemente el agente Martínez tuviera toda la razón, mas ¿por qué cifrar el mensaje?, ¿por qué no decir directamente quién era el asesino?. La Casa del Señor, hacía referencia, presumiblemente, a una iglesia. ¡Por supuesto, la iglesia de San Bartolomé! Tenía que volver a Matarrubia. ¿Cómo se llamaba el párroco?, Don Salustio, eso es. Mientras devoraba kilómetros, le cité al párroco dentro de la iglesia. La noche estaba cerrada y seguía haciendo mucho frío, mas yo notaba que mi temperatura corporal aumentaba por momentos, incluso el sudor comenzaba a asomar por mi frente. Cuando aparqué el coche enfrente de la iglesia, vi que ya había luz en el interior. Más hacia la izquierda, en la casa rural “De Barro”, dos coches patrulla permanecían en vigilia.

Don Salustio era un hombre de avanzada edad, de voz profunda y serena y un trato muy agradable. No parecía extrañarle que irrumpiera en la paz y sosiego de la iglesia a esas horas tan poco adecuadas; al contrario, daba la sensación de que eso fuera lo más natural del mundo.

— Inspector, sabe que estoy dispuesto a ayudarle en todo lo que necesite, pero ¿qué es lo que está buscando?

Preguntó antes de arrodillarse y hacer una reverencia ante la cruz.

Al verle realizar ese gesto se me encendió la luz.

— ¡Claro, eso es!- exclamé-. *Me humillaré ante Cristo en la Casa del Señor*, ¡quiere decir que me arrodille delante de la Cruz!

Al hacerlo, frente a mí quedaban un peldaño y el altar.

— y *Él me mostrará toda la Verdad* .

Allí estaba, bajo el altar asomaba una bolsa negra.

Era una bolsa corriente de basura cerrada con un nudo. Contenía un cuchillo de caza ensangrentado y un sobre marrón. Apostaría mi sueldo del mes a que ese era el cuchillo utilizado por el asesino. Mandaría analizar la sangre y los restos que pudieran hallarse en el mismo. El sobre marrón encerraba media docena de fotografías captadas con teleobjetivo. En ellas se podía ver a Eulalia hablando y riendo con un hombre que, si bien parecía que no era Isidro, tampoco se le podía reconocer con exactitud; aparecía demasiado borroso.

— Padre, ¿reconoce a las personas que aparecen en esta foto?

Pregunté a un Don Salustio aún perplejo por la aparición de esos objetos bajo el sagrado altar.

— La mujer de la foto es Eulalia, sin duda. El hombre... es imposible saber, podría ser cualquiera, no lo sé —respondió con ojos vidriosos.

— Está bien padre, no se preocupe. Por cierto, una última pregunta, ¿ha visto a alguien extraño últimamente deambulando por los alrededores del pueblo?

— No, únicamente me cruce con los habitantes del pueblo y la pareja de la Casa Rural.

— ¿Se refiere a la pareja de ancianos? —inquirí lacónico.

— ¿Ancianos? Hombre, yo a él no le calificaría de joven, pero tampoco le llamaría anciano. Sin embargo, ella era una muchacha joven, de eso no cabe la menor duda — contestó evocando, aparentemente, algún momento agradable.

El castillo de naipes que había ido construyendo en mi mente se desmoronó de un plumazo. El escenario del crimen planteaba una pareja de ancianos y dos personas, en apariencia sin ninguna conexión, cada una de ellas asesinada en su habitación. De repente, el empresario badalonés y la joven francesa eran pareja. Debía de revisar urgentemente el libro de registros de la casa rural “De Barro” e interrogar a Isidro. Llamé a la oficina.

— Comisaría Central, homicidios —la voz sonó queda al otro lado del auricular.

— Martínez, soy yo, Rupérez. He descubierto algo que puede dar un giro completo a la investigación, necesito que realices una gestión desde la oficina.

Pasé a relatarle todo lo descubierto mientras él escuchaba atónito.

— Habla con el Capitán, necesito interrogar a Isidro en el Hospital. Consígueme su autorización y llámame cuando la tengas. Salgo para Guadalajara en un cuarto de hora.

Colgué y me encaminé hacia la casa rural. En la puerta había dos coches de policía aparcados, en uno de ellos un par de agentes vigilaban la calle para que ningún curioso o miembro de la prensa se colase en el edificio.

— Buenas noches agentes, soy el Inspector Rupérez —dije al tiempo que les enseñaba la placa—. Estoy al mando de la investigación, voy a entrar en la casa.

— Ya le habíamos reconocido, señor. Pase, dentro están los agentes Gallego y Serrano —contestaron a la vez que se estiraban en el asiento.

La casa estaba envuelta en un silencio sepulcral. Nada quedaba ya de la actividad frenética que había sufrido durante el día. Tenía el extraño sentimiento de que los espíritus de los muertos clamaban venganza. En la cocina se hallaba el agente Serrano, con rictus intranquilo.

— ¿Va todo bien, agente? —pregunté.

— Sí señor, es sólo que esta casa me pone nervioso —contestó, atusándose el uniforme.

— No me dirá que a su edad cree en fantasmas, ¿verdad? —el agente se sonrojó—.

Bueno, pasemos a algo más serio. ¿Puede facilitarme el libro de registros de la casa?

— Por supuesto señor, está en este cajón

Se acercó a un pequeño escritorio que había junto a la puerta y extrajo un cuaderno grueso del cajón

— Tome, inspector.

El libro de registros estaba estructurado como un diario, cada día ocupaba una hoja completa, así que empecé a revisar las de la última semana con el fin de averiguar en qué habitaciones se había registrado realmente cada una de las víctimas. Al llegar al lunes, dos días antes del crimen, me encontré con que la hoja había sido limpiamente arrancada del libro.

— Agente, ¿quién ha tenido acceso a este libro? —pregunté enojado con el libro en alto.

— No ha tenido acceso a esta casa nadie más, aparte de los agentes judiciales, peritos y nuestros propios compañeros —contestó.

Un presentimiento extraño empezaba a asomar en mi mente. Cuanto más escarbaba en la superficie, mayores eran mis dudas sobre la autoría de los asesinatos. Empezaba a tener la certeza de que Isidro no era culpable de los homicidios, sino que alguien los había planeado minuciosamente y los había llevado a cabo con total sangre fría, alterando la escena del crimen de tal forma que fuese casi imposible no inculpar a Isidro. ¿Por qué, si no, arrancar esa hoja del Registro? ¿Cómo se explicaba lo de la pareja que vio el párroco? El interrogatorio con Isidro tendría que aclarar todas estas incógnitas.

Mi móvil comenzó a sonar. Miré la pantalla azul de litio; la comisaría.

— Martínez, has conseguido ya la autorización para interrogar a Isidro, ¿no es así? — contesté al reconocer el teléfono de la Comisaría.

— Señor —la voz del agente sonaba quebrada al otro lado del teléfono— me temo que eso va a ser imposible. Acaban de llamar del Hospital. De alguna forma Isidro ha conseguido deshacerse de sus ataduras y se ha precipitado desde la ventana de su habitación. Ha fallecido

Me quedé sin habla, aturdido

— Dejé una nota en la que decía “Lo Siento”. El comisario quiere que vuelva inmediatamente, Inspector, creo que quiere dar el caso por cerrado.

Era la tercera vez que recorría ese camino; conducía como un autómatas: Malaguilla, Málaga del Fresno, Usanos, Marchamalo y, por fin, Guadalajara. Eran las dos de la madrugada, la ciudad dormía, las luces de las farolas apenas vislumbraban el deambular taciturno de algún gato. Una noche tranquila en una ciudad tranquila.

La calma de la Comisaría contrastaba con la agitación que sentía en mi interior, ¡no podía ser!. Parecía que en este caso todo fuera sobre raíles, solo que había cuestiones que suscitaban dudas totalmente razonables. Mis casos anteriores se habían caracterizado por la celeridad con la que los resolví. Siempre aparecía una última prueba, una evidencia que habían pasado por alto los agentes, que yo lograba encontrar y que resultaba decisiva para la resolución del caso. Sin embargo, en éste había algo que me revolvió las entrañas. No sabría decir por qué, pero tenía la inquietante sensación de que alguien detrás de mí movía las cuerdas y de que yo era la marioneta.

El Comisario Écija aguardaba mi llegada en su despacho. Bastaba con mirarle a la cara para descubrir que acababa de levantarse de la cama. En su mano derecha sostenía una taza del Real Madrid repleta de café humeante.

— Buenas noches Francisco, siéntate por favor.

Dijo, señalando con su huesuda mano una silla que se hallaba frente a la mesa

— ¿Quieres un café?.

— No necesito un café Écija. ¡Lo que necesito es que alguien me explique que coño está pasando aquí!.

Mi exclamación hizo que el comisario diese un respingo en su sillón.

— Ha sido un día muy largo para todos, Francisco, especialmente para ti. Tu primer día después de tanto tiempo y mira con qué caso te encuentras entre manos. No me extraña que estés estresado —hizo una parada—, pero lo que tenemos aquí es un caso complejo que hemos logrado cerrar en un tiempo record gracias a tu actuación.

Mi cara de asombro debía de ser evidente.

— No me mires así, Francisco, siempre has pecado de modesto, pero fue tu perseverancia la que hizo que Isidro se sintiera acorralado y se viese impulsado a admitir sus crímenes y , finalmente, a suicidarse.

— Pero aún quedan cabos sueltos...

— ¡Déjate de pamplinas Francisco!

Ahora era el comisario el que hacía enmudecer la oficina

— No quieras ver más allá de la realidad, no dejes que la presión te vuelva paranoico. El caso está cerrado; Isidro era el asesino; tú cumpliste la misión encomendada con la diligencia que te pedí y punto.

Respiró hondo y reanudó la conversación ya más sereno

— Tu hoja de servicios es impecable Rupérez, siete casos resueltos en menos de una semana. Sabes que estamos en período electoral, y estos asuntos no dan sino quebraderos de cabeza. Los jefes me han hecho saber que están muy contentos con tu actuación y me han comunicado que te haga llegar su intención de proponerte para un ascenso. Enhorabuena.

Una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en su cara, dotándola de esa expresión felina, feroz, marca de la casa.

Dejé el coche en la comisaría e hice el camino a casa andando. Necesitaba que el frío aire despejase mis ideas. Los copos de nieve se arremolinaban sobre la calzada y

dotaba a la calle de una apariencia casi etérea. Cuando llegué a mi portal apenas sentía mi cara aterida por el frío, pero en mis entrañas el fuego seguía vivo.

Me planté frente a la puerta de mi casa, tratando de sujetar las llaves con los dedos totalmente entumecidos y sintiendo cómo el sueño y el cansancio comenzaban a apoderarse de mí. Pero en un segundo todo eso quedó disipado, la adrenalina comenzó a fluir por todo mi cuerpo, el pulso se me aceleró. En un segundo desenfundé mi arma, ¡la puerta estaba abierta!. Entré con los brazos al frente sosteniendo el arma en alto, la espalda contra la pared. Una canción sonaba en la mini cadena de la sala, era “Eternal Flame” de las Bangles. Registré todos los huecos de la casa, se encontraba vacía. Al llegar a la sala se detuvo mi respiración. La mesa estaba dispuesta para que dos personas cenasen; las velas, encendidas, emitían una luz que dotaba a la escena de un halo aún más terrorífico. En uno de los platos había dos sobres. Mis piernas me arrastraron hacia la mesa; mi voluntad sucumbió a ellas. El primer sobre era marrón y grande. Dentro encontré un único folio en el cual habían sido pegados recortes de letras de periódico, otro anónimo idéntico al dejado en la oficina. El anónimo rezaba: *Nos uniremos en cuanto estés preparado, tu amor eterno*. Sentí que un escalofrío recorría mi espina dorsal de arriba abajo. El otro sobre era más pequeño, pero más grueso; con manos temblorosas lo abrí. Los recuerdos de lo que vi después me perseguirían el resto de mis días. Eran fotos, sacadas con una Polaroid, y en ellas se podía ver a todas las víctimas de los casos que había resuelto a lo largo de los últimos años. Eran primeros planos. Sólo había una persona que las pudiera haber hecho: el asesino. La cabeza me iba a estallar; sentía que mi mundo empezaba a colapsarse; la locura asomaba en lo más profundo de mi mente. La última foto acabó con mi resistencia; era la foto de un coche recién accidentado; el motor todavía ardía; al volante el rostro destrozado de una bella mujer...

El grito se oyó desde la calle. En ese instante sonó un motor. Dentro del coche se dibujó una sonrisa en el rostro de la persona al volante.

— A todas las patrullas, ha habido un atraco en una joyería de la calle Mayor —sonó en la radio del coche.

— Recibido, voy para allá —contestó la persona.

La sirena del coche patrulla comenzó a aullar.

— De acuerdo, patrullero 25 —contestaron desde la centralita.

La nieve envolvió al automóvil mientras aceleraba calle abajo.